



La descarga de nieve



ESTABAN esperándole detrás de la esquina, armados los tres chicuelos con recias bolas de nieve... El pasante no tenía otro remedio que atravesar aquella calle para ir á la escuela... Ya le dirían ellos si

se tira impunemente de las orejas á nadie!... Pues no faltaba más!...

Acababa de caer una nevada formidable; á la sazón amainaba un poco el temporal,

pero el horizonte continuaba cerrado y gris, indicando nuevos turbiones; una sábana blanquísima, inmaculada, sin huella ninguna que rompiese su lisa superficie cubría el piso, mostrando tan sólo á las orillas un borde borroso y sucio, amontonado por los vecinos al limpiar un poco las aceras con la escoba, para que no se interrumpiera el tránsito; faroles, barandillas, salientes de fachadas, aleros, tejados, todo mostraba su montera de apretados copos; diríase que una mano pacienzuda había ido dibujando el pueblo con merengue... Aquella calle no era muy concurrida; la turbonada encerraba además en sus casas á los vecinos; no se distinguía, pues, alma viviente fuera de los tres rapaces, que con su cachulla encasquetada librando las orejas del frío, la bufanda retorcida al rededor del cuello, y los recios zapatones hundidos en la nieve, aguardaban en acecho, bola en mano, sin importarles un comino lo bajo de la temperatura, la humedad y el aire sutil que soplabá de la sierra, cortante y afilado.

De pronto... ¡Sí, sí!... Ahí estaba... Él era, su figura escuálida, larga, aguda, flaca, embutida en el imprescindible levitón de largos faldones, con su cuello de piel de

conejo de quita y pon y su descomunal sombrero de copa alta, rival de la chistera del alcalde, que no podía ver con buenos ojos emulación semejante... El maestro desembocó por una travesía, despacito, tanteando cuidadosamente con la contera de un férreo bastón, andando con exquisita cautela y torció hacia la derecha dando la espalda á los emboscados mozos.

No había que perder tiempo... El más valiente de los chicos se apartó algo de la esquina, le imitaron los demás y puestos en fila, á la voz de uno de ellos que gritó por lo bajo: á una... á dos... á tres... dispararon simultáneamente las bolas de nieve sobre el desdichado pedagogo y en el acto, volviendo grupas echaron á correr escurriendo con suprema prudencia el cuerpo, por si acaso.

El dómine no supo lo que le acontecía; recibió la descarga cerrada sin perder un copo, arrimándole dos de las bolas un buen par de zurrios en los faldones y estrellándose la tercera en la flamante copa del sombrero, se lo apabulló horriblemente sin derribárselo, porque el maestro infeliz lo llevaba encasquetado para librarlo del viento. Pero el blanco montón dirigido con tal acierto no cayó al suelo, se rompió en mil

pedazos, quedándose parte en la hondura del apabullo y deteniéndose la otra en el ala, comenzando á escurrir la nieve, trocando la chistera en un sorbete de mantecado.

El maestro vaciló, estuvo á punto de caer y se afianzó en el bastón por instinto, luego se ladeó trémulo por la sorpresa, sin descubrir á nadie en todo lo largo de la calleja y quitándose el sombrero, sin parar mientes en el peligro de un pasmo, se lo limpió como pudo, restableciendo en lo posible la tersura de la copa y murmurando ¡animales!... mientras los rapaces, muy ufanos de su salvajada, galopaban por una travesía á fin de llegar antes á la escuela, para que al entrar el maestro no sospechara, al pasar lista, que los tres chicos que faltaban eran los que le habían disparado las bolas.





El bicho del reloj

I

AQUEL diantre de reloj traía vuelto el juicio á la niñita; bien es verdad que era una pieza que daba gozo verla, con su esfera de porcelana blanca, fina, orlada por una greca de oro y un chicuelo de bronce sentado á lo moro, con su corona triunfal en la cabeza y tocando gravemente con unos mofletes muy huecos el clásico y dulce caramillo. ¡Muy bonito!... Pero lo que tenía muerta de curiosidad á la criatura era el tic tac de la péndola, el golpeteo constante que estallaba dentro del precioso mueble al balancearse la delgada varilla terminada en un diminuto sol... ¡A qué diantres obedecería tal ruido!... La muchachita lo ignoraba, pero su papá, que lo sabía todo, se lo diría... — Una tarde, la niñita se subió sobre las rodillas de su padre que se



sentó á leer un periódico junto al fuego, recostándose en una butaca, y le dijo señalando al reloj aposentado en la tabla de la chimenea :

— Papá... ¿Qué es eso que suena dentro del reloj ?

El papá enfrascado en la lectura no parecía tener grandes ganas de conversación; así respondió evasivamente y sin fijarse, como si quisiera terminar pronto :

— Un bicho...

¡Un bicho!... ¡Cielos santo!... Quien iba á imaginárselo... El papá seguía devorando el diario, pero la muchachita no se contentaba con tan poco... ¡Digo!... Al contrario... Lo que sentía era muy más excitada su curiosidad... En seguida se le ocurrió que el bicho que terminaba en una cola tan linda, en un sol, debía de poseer una preciosa cabeza... Y en el acto se le antojó ver el cuerpo al bicho que sonaba en el interior del mueble.

— Papá — exclamó — ¿Quieres enseñarme ese bicho del reloj ?

El papá no replicó en el instante; luego, al volver la hoja del periódico, repuso sonriéndose :

—Eres muy curiosa, niña... ¡Los bichos de los relojes no se pueden descubrir, por-

que se mueren en cuanto les da un poquito el aire...

¡Bah!... La criatura no se quedó convencida... Es que á su papá no le placía el servirla... ¡Teniendo precauciones!... Pero no dijo nada; la niña era muy lista y comprendió que no conseguiría su propósito; y calló fingiendo conformarse con la explicación, pero alimentando más que nunca en su pecho el deseo invencible de examinar la parte oculta de la péndola... Había que esperar una oportunidad favorable... En cuanto se quedara solo el gabinete se salía con la suya y averiguaba por qué hacía el bicho del reloj tic tac.

II

¡Dios mío!... La ocasión que se hallaba aguardando todos los días... En el gabinete no había nadie; su papá no estaba en casa y su mamá se encontraba enseñando á planchar á la criada nueva... Tenían para rato... Ahora era, pues, el momento propicio.

La niña, trémula de emoción, acercó tímidamente una silla á la chimenea, se puso de pie en el asiento y empinándose

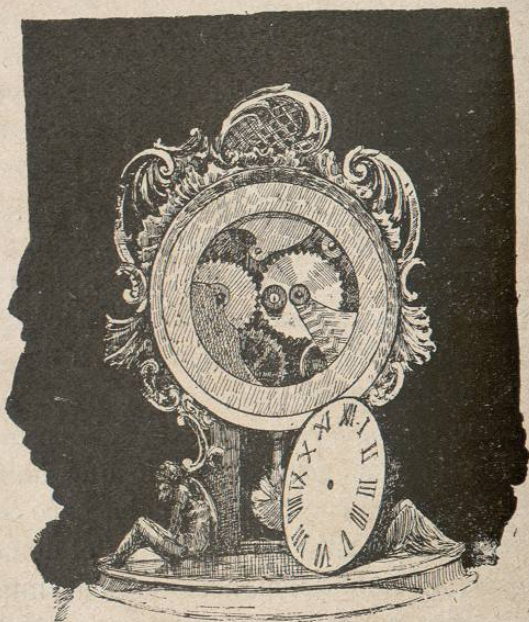
tomó el reloj con vacilantes manos, sin que la péndola cesara de exclamar tic tac con su lengüeta... ¡Qué bicho tan sereno!— pensó la muchachita... No tiene miedo de que lo cojan. La criatura no cabía en su pellejo de alegría... ¡Iba á ver por fin, lo que producía aquel continuo soniquete!... Con exquisito cuidado, sin levantar en vilo el mueble para que no se cayera, lo ladeó y... ¡Dios mío!... La parte posterior no contaba con tapa alguna, la maquinaria se hallaba al descubierto...

¡Qué bicho tan raro! Todo se le volvían brazos, patas y dientes... ¡Digo!— Y esas cosas redondas serían las costillas... Como bonito, era muy bonito, dorado... ¡Y parece fuerte!... ¡Para no cansarse nunca de golpear!... Pero ¿dónde se hallaba engarzado el cuerpo de la alimaña?... ¡Ah, sí, sí!... Aquí... ¡Ea!... ¡Ahora iba á satisfacer su capricho!... Y con dedos inquietos desen-ganchó la péndola.

Como era natural, en el acto dejó de moverse y la niña, asustada de lo que había hecho, tornó á coger la péndola, pero sin duda no la prendió en su sitio y el demonio de la varita permaneció rígida, inmóvil... ¡Dios santo!... La criatura agitó el mueble... Nada, la péndola se torció á un

lado, se inclinó á otro, mas no sonó y se quedó de nuevo parada... Entonces la muchachita, sin acordarse del regaño que la esperaba, sintiendo de buena fe una aflicción profunda, se bajó de la silla y escapó hacia el pasillo, gritando con lágrimas en los párpados:

— Mamá, mamá... Se ha muerto el bicho del reloj!...



Los mostachos del Santo

QUÉL cuadro era urgentísimo, corría mucha prisa; la función del pueblo se celebraba el domingo próximo, estábamos á miércoles, faltaban los últimos toques y en el viaje á la villa no se echarían menos de treinta horas... El bueno del pintor no se daba con tal motivo punto de reposo; vivía en el estudio; apenas el sol asomaba sentábase en el caballete; no interrumpía el trabajo más que para comer y el anochecido le sorprendía siempre con el pincel en una mano y la paleta en la otra... en fin, esperaba acabarlo á tiempo...

Y como salirle, le había salido la obra á maravilla. El lienzo representaba un blanco y sonrosado Bautista, de cara redonda y lampiña, sin asomo de barba, con ese aterciopelamiento de cutis de la adolescen-

cia que recuerda la piel sedosa del melocotón; vestía un zurrón de pieles y á su lado se distinguía un simpático corderillo bebiendo en un arroyo... El artista hallábase satisfecho de su trabajo y seguro de que el dulce San Juan haría un gran efecto colocado en el retablo del altar mayor y bañado por el resplandor tibio y suave de la cera de las gradillas.

Aquella mañana de la vispera, el pintor, terminada su tarea, se dispuso á arreglar lo necesario para el envío del cuadro; estaba citado con el carpintero á fin de escoger el embalaje; tomó, pues, el sombrero y se marchó, y apenas había llegado á la calle, ya estaba en el estudio el angelillo que endulzaba la existencia del artista, resarciéndole con sus monadas y su atractivo de flor naciente de la soledad en que su propio nacimiento tenía sumido á su padre; la niña apenas rayaría en los siete años y según los amigos, resultaba el exacto retrato de su madre, pasada á mejor vida al darle á ella la suya; los mismos ojos inquietos, el mismo cabello rubio, la misma expresión revoltosa y maliciosilla en el semblante; todo exactamente igual aunque en pequeño; con carácter tan pronto y resuelto y criada sola la pequeñuela, pare-

cía un diablillo; se metía en cuanto se hablaba; no distinguía cosa que no apeteciera y cogía los grandes herrinches si su padre le llevaba la contra ó la reprendía; y no es que escondiera un mal corazón ó que albergara en él depravados sentimientos, sino sencillamente que le faltaba la tutela materna, esa tierna piedad de la madre que arranca del alma las yerbecillas nocivas, y en cada beso inculca un poco de docilidad y rectitud.

Hallándose su padre en el estudio, la niña entraba en la pieza de trabajo, tomaba un lápiz y borroneaba en el papel; cansábase, sin embargo, pronto de la operación y entonces no dejaba títere con cabeza, revolviéndolo y trastocándolo todo y no estropeando algo gracias á la vigilancia del pintor que no la perdía de vista un momento. Con semejante precedente, aleccionado por la experiencia, cuando el artista veíase obligado á salir á la calle se llevaba en el bolsillo la llave de la habitación, único medio de que la revoltosa criatura no se colase en seguida á hacer de las suyas.

Aquella mañana con las prisas olvidósele sin duda, al pintor, cerrar la puerta, la niña se enteró á escape de tan alagüeña circunstancia y en el acto que la descu-

brió, callandito para que las criadas no la oyeran, levantó el pestillo y se metió en el estudio.

La casualidad la puso delante del San Juan, y maquinalmente contempló la dulce figura del Bautista; de repente una idea diabólica cruzó por su magin incapaz de comprender el daño que hacía; tomó un pincel, lo mojó con negro de humo; se aproximó á la tela; pasó por ella el pincel con exquisito cuidado dejándole grandes pegotones de color al santo y... cuando volvió el artista á su casa se encontró al San Juan que tenía que empaquetar en seguida, con un par de bigotes tremendos que dejaban atrás los mostachos cerdosos de un sargento de dragones.



El Ángel de la Guarda

